








VOMITANDO CATALUNYA



Arturo Lorenzo Álvarez

VOMINTANDO
CATALUNYA





Primera edición: febrero de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Arturo Lorenzo Álvarez

ISBN: 978-84-18544-16-3

ISBN digital: 978-84-18544-17-0

Depósito legal: M-2724-2021

Editorial Adarve




c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*A Pedro Lorenzo Álvarez,
mi corrector en la sombra.
Por el tiempo dedicado, el esfuerzo invertido y
tus sugerencias siempre acertadas.
Gracias por sacar la podadora cada vez
que me voy por los cerros de Úbeda
o me emociono con los adverbios
(algo bastante habitual).
Eres un buen hermano.
Sin duda mucho mejor de lo que yo
lo he sido contigo.
Te quiero
(que creo que nunca te lo había dicho).*



ÍNDICE

Intenciones.....	11
Mi amor por Cataluña	13
El 6 y 7 de septiembre.....	21
El 11 de septiembre.....	27
1 de octubre. Un millón de muertos	33
3 de octubre: huelga general.....	39
8-O: respuesta constitucionalista	43
¿Hubo violencia?	49
Lo hemos intentado <i>tot</i>	55
La revolución de las sonrisas	61
De órdagos y de faroles	67
Los catalanes y el dinero	73
Un sol <i>poble</i>	77
¿Es un tema solo de pasta?	83
La cuestión idiomática.....	87
Ciudadanos.....	93
Los desaparecidos	99
Rufián.....	105
Las DUI.....	109
Miedo	113

El artículo 155	119
Elecciones autonómicas	125
El potente discurso independentista	129
Los Otros	133
Oriol Junqueras	137
Carles Puigdemont	141
TV3	147
Más que un club	153
El adoctrinamiento en las aulas	161
Jordi Pujol	167
Estación del AVE. Camp de Tarragona	173
Proceso de captación	181
Albert Soler y Joan Planas	193
Independentistas críticos	199
La gran falacia	207
La esperada sentencia	213
Cuándo toqué fondo	217
Conclusiones	221

INTENCIONES

¿Por qué me pongo a escribir estas páginas? ¿Cuál es la razón? No se tratará de una novela. Tampoco pretendo que sea un ensayo. Quizás lo definiría como un conjunto de reflexiones íntimas.

No será exacto, aunque me he documentado. No puede serlo; cuenta mi verdad. Solo la mía. Y esta, como la de todos, es subjetiva, sesgada y personal. No sin razón, los habrá que la califiquen de parcial, cuando no de falsa. No lo discutiré, ni rebatiré argumentos. No es mi intención convencer a nadie. Tampoco busco ser comprendido. Pero creo que, como los demás, como cualquiera, merezco ser escuchado por lo menos una vez.

Estoy enfermo. Necesito ayuda profesional. Y si no he recurrido todavía a ella es porque ahora mismo no serviría de nada. ¿De qué me valdría desahogarme con un psicólogo si al día siguiente, cuando baje al pueblo a hacer los recados, me voy a encontrar en mi ayuntamiento con la estelada? Pues eso. Dinero tirado a la basura. Por eso escribo. Para vomitar mi rabia. Para, después de años de borrachera independentista, expulsar de mi cuerpo aquello que me tiene intoxicado.

Tan solo me queda pedir disculpas a aquellos que se puedan sentir ofendidos por algo de lo que a partir de aquí se diga. Sospecho que serán muchos. Lo siento. De algunas de mis opiniones no me siento orgulloso. Otras, las tengo en revisión. Son lo que ahora pienso, son lo que ahora soy.

En mi descargo diré que únicamente son las ideas de un hombre, triste y defraudado, que necesitaba sacarlas de su cabeza para no terminar de enloquecer. Un texto que explica lo que siento y cómo. El lamento en voz alta de alguien que por fin ha sido capaz de llorar.

MI AMOR POR CATALUÑA

¿Cuándo empecé a sentir interés por Cataluña? Creo que desde muy joven. Rodeado de familiares y amigos madridistas, vaya usted a saber por qué, salí del Barça. Sin motivos aparentes, rompiendo las atávicas tradiciones de los de mi estirpe, poniendo en peligro presentes y potenciales amistades. Mi madre diría que lo hice por llevar la contraria. Según ella, mi deporte favorito. Yo, sin negar que algo de razón tuviera la mujer que me llevó nueve meses en su vientre, alego otro motivo. Me hice del Barcelona por un jugador de fútbol: *Quini*.

Junto al golfista Severiano Ballesteros, fue mi ídolo deportivo de juventud. Un referente capaz de que yo pasara por alto que vivía en un ecosistema que podía definirse incluso como un poco anticatalanista. Nada grave. Tampoco demasiado sano. Crecí en Zaragoza. Y no es un secreto (y si lo es, pues ahora mismo se lo revelo) que una parte sustancial de los maños (aunque no todos) alberga en sus nobles y grandes corazones ciertos sentimientos de animadversión para con sus colindantes por el Este. Ya saben, cosas de vecinos. Como la rivalidad que

en mi Asturias natal hay entre Oviedo y Gijón. O, como tuve ocasión de comprobar cuando con mi familia me fui a vivir a Jerez de la Frontera, la que existe entre los de allí y los de Cádiz. O entre béticos y sevillistas. Etcétera.

Enrique Castro, más conocido como Quini y apodado *El Brujo*, fue un legendario delantero asturiano. No especialmente físico ni poseedor de una gran técnica, aunque con un olfato de gol increíble. Un jugador especial. De primer orden. Pero que cuando su equipo, el Sporting de Gijón, bajo a Segunda División, donde permanecería unas cuantas temporadas, no abandonó el barco. Seguramente por eso no le convocaron más veces con la Selección. Yo lo amaba por ese gesto. Este tipo de lealtades son las que admiro. Fue en varias ocasiones pichichi, tanto en Segunda como en Primera. Y finalmente lo fichó el F.C. Barcelona. Un grande. Llevándose con él a mí y a mis afectos.

Fue duro. Como una travesía en el desierto. Me chupé los peores años. Muy pocas y esporádicamente llegaban las alegrías. La Liga la ganaban otros. El Real Madrid, por supuesto. También algunos menos habituales como la Real Sociedad o el Athletic. Ni siquiera soñábamos, como ahora, con la Copa de Europa (la actual Champions). Y para una vez que llegamos a la final, la perdemos como la perdemos. Así que mientras los de mi alrededor festejaban a Juanito y Santillana o, posteriormente, a la invencible Quinta del Buitre (y hasta los goles de Satrústegui, la elegancia de López Ufarte o las paradas de Arconada), yo me lamía las heridas. No fue lo peor. Lo peor fue cuan-

do secuestraron a Quini. Sí. Un día, cuando se dirigía a entrenar, le abordaron unos desconocidos y desapareció. Encontraron su coche con las puertas abiertas. Resultaron semanas angustiosas. Para todos. Sobre todo para el equipo, que iba primero y empezó a perder partidos. Al final lo localizaron y sus raptos serían capturados. Lo habían tenido retenido en Zaragoza. En Zaragoza, ni más ni menos. El Barça, por supuesto, no consiguió la Liga. Aunque para mi consuelo, ese año, creo, Quini ganaría el galardón de máximo goleador a pesar de las jornadas que no pudo jugar por causas ajenas.

Y en baloncesto tampoco corrieron tiempos mucho mejores. Creí con Corbalán, Brabender, Delibasic y Dalipagic, Biriukov y Antonio Martín. Estrellas del eterno rival. Pero tenía donde apoyarme. Nosotros contábamos con *Epi*. El eterno, junto a Sibilio, alero del Barça. De los mejores tiradores que he visto. Maño, para más inri. Y que hasta había ido a mi colegio. Además, en el equipo había un base (posición en la que yo jugaba) con el que empaticé. Bajito, moreno y zurdo (y con un razonable parecido físico conmigo). Así que el flechazo, en alguien tan egocéntrico como yo (ya entonces), se tornó inevitable. Se llamaba (o lo llamábamos) Nacho Solozábal. No *Ignaci*.

Posteriormente, en los inicios de mi carrera profesional, conocería a dos compañeras de trabajo residentes en la ciudad condal. Eran distintas. De ambas anduve medio enamorado con escaso éxito (nunca pasó nada). A pesar de ser de la misma empresa, las conocí por diferentes motivos y en circunstancias diversas. No eran amigas.

Sus círculos profesionales no coincidían. Tampoco los personales. Tenían poco trato. Cada una me mostró su Barcelona. Dos de sus numerosas caras. Ambas me gustaron. Fue ahí cuando empecé a fantasear con trabajar, al menos unos años, allí.


Y casi con cuarenta la conocí a ella. No era catalana. Hija de gallega y andaluz, había nacido en la capital de España, donde en ese momento residía. Sin embargo, había crecido en Cataluña. Hablaba catalán mejor que la mayoría de los nativos. Los admiraba. Y todo ello sin dejar de ser más madrileña que La Cibeles, el cocido o un chotis. Nuestros caminos se cruzaron por las azares de las fusiones empresariales. Mi empresa había comprado a la suya. Íbamos a absorber sus servicios centrales, sitios en lo más profundo de la Cataluña profunda, para cerrarlos. Por razones estratégicas, había que actuar rápido. Cuanto antes. El área del que yo formaba parte, Operaciones, tendría que soportar una importante carga de trabajo. Principalmente, porque, dadas las prisas, durante un tiempo convivirían en Madrid dos aplicaciones informáticas de gestión distintas y dos formas de trabajar paralelas: las suyas y las nuestras. Solo puse una condición: que alguien de su equipo me ayudara. Accedieron. Y tras un azaroso y envenenado proceso de selección, no exento de presiones políticas por ambas partes, mi superior la eligió a ella. Nunca se lo agradeceré lo suficiente.

Era un proyecto potente. Y yo estaba ante una gran oportunidad. Ellos serían receptivos: había una prima por buena finalización en juego. Así me lo vendieron los

jefes. Y yo se lo compré. No me engañaron, ni tampoco lo acepté llevado por la ingenuidad. Simplemente, llegaba en el momento oportuno. Estaba quemado, cansado del puesto que ocupaba y aquello suponía un cambio. Una bocanada de aire fresco. La ocasión de hacer algo complicado, estimulante y distinto. Me lo tomé como un reto. Y me agarré a él con todas mis fuerzas.

Como no era tonto, sabía el panorama que me esperaba. Gente a la defensiva. Me considerarían uno de los baluartes del ejército invasor y aquello iba a ser la guerra. Vaticiné todo tipo de zancadillas. «Esconderán el conocimiento. Recelarán de ti. No te facilitarán las cosas», eso pensé. Y me preparé para ello. Nunca estuve más equivocado. Desde el primer momento fueron unos anfitriones excelentes. Se mostraron colaborativos y generosos en el esfuerzo. Y pocas veces he visto a alguien comportarse de forma tan profesional y menos en circunstancias como aquellas. Me quedé atontado. Con algunos forjaría una amistad que aguantaría los años, a pesar del transcurrir del tiempo, las fatalidades de la vida y algo de distancia, pero que no superaría *El Proceso*. Aunque entonces eso yo no lo sabía. Y si alguien me lo hubiera dicho, lo habría creído imposible. Y también que mi amor por los colores blaugranas finalmente decaería (casualmente el año en el que Quini fallecía).

Allí me enamoré de ella (que tardaría algo más en corresponderme). En la comarca de La Garrotxa. Trabajando intensamente. Hasta la extenuación. Pero también paseando por la Falleda. Escuchándola hablar de la Cata-



luña que había conocido (otra distinta, que también me fascinó). Rodeados por viejos bosques y antiguos volcanes. De tiendas por Olot o haciendo turismo en la medieval Besalú. Cenando por invitación de algún compañero que nos había abierto, a pesar de ser prácticamente unos desconocidos, las puertas de su casa. Había tiempo para lo que fuera, menos para dormir.

De regreso a Madrid todo se hizo muy intenso. El trabajo. Nuestra relación. Lo que nos rodeaba. Ambos nos sinceramos. Los dos, por distintos motivos, queríamos irnos. Ella para limpiarse de una relación fallida y porque echaba de menos la tierra en la que se había hecho adulta y donde residía buena parte de su familia. Yo, harto de los atascos, de las distancias y de trabajar en un sitio que me había imposibilitado seguir con una de mis aficiones predilectas: la caza. Cansado de su acelerado ritmo de vida. Y de otras circunstancias, que no contaré para no alargarme (demasiado).



No obstante, que no se confunda nadie: yo había elegido Madrid en su momento y no me arrepentía. Ni me arrepiento ahora. Simplemente lo consideraba un territorio de paso. Ese en el que conviven lo mejor y lo peor. Lo más bello y lo más feo. Donde aprender de los mejores. Ver situaciones, conocer cosas y personas y ser testigo de realidades que es difícil que se den en otro lugar (al menos dentro de España). Perfecto para adquirir experiencia. Un sitio vital y de gentes acogedoras, que nunca acaba de cerrar. Donde en cualquier bar te sirven una caña de cerveza bien tirada. Pero que también, por

aquel entonces, se estaba convirtiendo en una sociedad crispada; había sufrido un atentado terrible del que no se había curado, vivía como una convulsión la negociación del nuevo *Estatut* y se estaba polarizando.

En conclusión, que la cosa cuadraba: ella quería volver y yo cumplir un viejo anhelo. Ambos pedimos el traslado y nos fue concedido. El sueño se cumplía.

Recuerdo aquellos primeros años. Fueron maravillosos. Me apliqué con el catalán lleno de ilusión. Por eso comencé a ver TV3 con asiduidad. Era una televisión magnífica. Plural e independiente. Culta, moderna, progresista. Pronto me aficioné, además de a los documentales, a sus retransmisiones deportivas. Me parecían impecables. A destacar, a pesar de su condición de cadena autonómica, la objetividad de sus locutores. A veces, muy pocas, a alguno se le veía el plumero. No lo voy a negar. Pero nada que ver con los en absoluto imparciales de Telemadrid o los descaradamente forofos de Canal Sur.

Me encantaban sus zonas boscosas y su cuidada Costa Brava. Conducían como los ángeles. No alzaban la voz. Eran educados, amables y muy respetuosos. Quizás un poco distantes. Incluso aquello me agradaba. Me fascinó su diversidad. Lo abiertos que se mostraban. Podías ser lo que quisieras y cómo quisieras. Nadie cotilleaba ni te sentías juzgado. Había llegado Guardiola y ganábamos sin parar. Xavi. Iniesta, Busquets, Pujol y Piqué, entre otros, nos hicieron campeones de Europa y del mundo mundial. Todo se ajustaba de forma armoniosa. El comercio de cercanía, su asociacionismo, el amor por sus



tradiciones. El bilingüismo. Hasta su laboriosidad y la relación que tenían con el dinero. No hacían ostentación. Tampoco despilfarraban. Y eso encajaba conmigo, que siempre he gastado menos de lo que ganaba, que fui educado en la sobriedad y en la cultura del esfuerzo.

Sin embargo, al final llegó el desenamoramiento. Tras una noche agitada, desperté en un país desconocido. Con una población que clamaba contra la histórica dominación a la que le habían sometido los míos. Porque, de repente, habían brotado dos bandos. Ellos y nosotros, los españoles. Todavía desorientado, escuché como nos llamaban ladrones, franquistas y cosas aún más infames. De un día para otro nos habíamos convertido en súbditos de un régimen antidemocrático y opresor. Éramos lo peor.

